

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán á D. LIBERATO MONTELLS Y GARCIA, administrador de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Viernes 24 de Diciembre

El Eco de Cartagena

NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emmanuel.
(Isaías)

La desobediencia de nuestros primeros padres á los preceptos de su Creador habia hecho perder al hombre la herencia del Paraiso, bello ideal de su terrena felicidad.

Su prevaricacion affajó sobre la humanidad aquel terrible anatema que viene arrastrando dolorosamente desde la cuna al sepulcro.

«Maldita será la tierra en tu obra con afanes comerás de ella todos los dias de tu vida.»

«Espinas y abrojos te producirá y comerás la yerba de la tierra.»

«Con el sudor de tu rostro comerás, el pan, hasta que vuelvas á la tierra de la que fuiste tomado, por que polvo eres y en polvo te convertirás.»

Pero Dios que tan amante es de sus criaturas, y que en su sabia presciencia habia previsto la caída del primer hombre, tenia prevista tambien su reparacion; y de la misma sentencia que fulminára contra él, brotó para su descendencia una esperanza salvadora.

«Maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra dijo, dirigiéndose á la tentadora serpiente: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los dias de tu vida.»

«Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tu pondrás asechanzas á su calcañar.»

Y hé aquí misteriosamente escondida la promesa de un Redentor, que levantando al ángel caido le rehabilitase para que pudiera aspirar, no ya á la herencia del Paraiso, sino á la eterna posesion del cielo.

Y esta esperanza, trasmitiéndose

de generacion en generacion vino á encontrar tierna acogida en el pueblo de Abraham, quien la guardó religiosamente entre sus dogmas, sirviéndole de lenitivo á sus pesares lo mismo en la cautividad de Babilonia que bajo la tirania de los Lápidas Seléucidas y de los Césares.

Pero el tiempo pasaba: las generaciones se sucedian unas tras otras en anhelosa expectacion demandando al cielo abreviase los tiempos en que debía aparecer el prometido Salvador.

Jehová escuchó sus plegarias y la voz de los profetas resonó en los espacios.

Y sus ecos resonando de montaña en montaña, dieron la vuelta á toda la Palestina anunciando el tiempo, lugar y hasta las mas pequeñas circunstancias que debian concurrir á la venida del Redentor.

Y lo que hasta entonces se habia tenido como una misteriosa esperanza, tomó todas las formas de una infalible promesa.

Corrió el tiempo.

Cuatro mil años se habian cumplido y era llegada la plenitud del proféticamente anunciado para el cumplimiento de aquella promesa.

Las setenta semanas de años prefijadas por el profeta Daniel tocaban á su término; y el pueblo judío volvia sus ojos al Oriente, por donde debía aparecer la aurora de su redencion.

Era el dia 24 de diciembre del año 4000 segun unos, ó de 4004 segun otros.

Dos pobres viajeros salidos de Nazareth llegaban á Bethleem ciudad de la Judea, con objeto de inscribir sus nombres en los registros públicos, en obediencia al edicto de Augusto César ordenando el empadronamiento de todos los vasallos de su imperio: medio aparente de que se valia la Providencia para sus adorables designios.

Los nombres de ambos viajeros fueron inscritos en el gran libro del César.

El uno se llamaba José, pobre carpintero de la baja Galilea; el otro Maria, su esposa, la virgen de Nazareth: la predestinada en los con-

sistorios eternos que precedieron á la formacion del mundo para tabernáculo donde debia operarse un dia la union hipostatica del Verbo con la naturaleza humana.

La tierna virgen se hallaba en el noveno mes de su preñez, y presentia su próximo alumbramiento.

De aquí el afan con que su casto esposo buscaba solícito de posada en posada, siquiera un miserable rincón donde guarecerse de la inclemencia de la noche.

Pero en vano: eran pobres, y como pobres, despedidos de todas partes.

En estó la noche vino á sorprenderles cerca de las puertas de la ciudad.

Conducidos por inspiracion divina salen de ella, solos, con el corazón apenado.

La noche era fria.

La luna bañaba de purísima luz la campiña de Bethleem.

Las estrellas parecian haber aumentado su brillantez.

Las aves dormian.

Era ya la hora del reposo, y solo el valido de la oveja ó la esquila del rebaño turbaban de vez en cuando la calma solemne de los campos.

De repente, un rayo de luz desprendido del astro de la noche vino á iluminar un punto oscuro situado casi á las mismas puertas de la ciudad.

Era una gruta que servia de establo comun á los bethleemitas un pobre albergue que la naturaleza, menos ingrata que los hombres, ofrecia en aquella noche á su Creador.

A su vista, los amantes corazones de los abatidos cónyuges respiraron. Ya tenian donde guarecerse.

Ningun ser humano encontraron en aquel lugar. Solo un buey pacia tranquilamente al pié de un pesebre.

Y allí, al doblar la media noche, nace de aquella virgen el prometido Mesias, el Redentor del mundo, Jesucristo, el hijo de Dios...!

La hora de la redencion habia sonado.

Las doce de la noche de aquel venturoso dia, señalaba en la esfera

de los eternos decretos la linea divisoria entre el mundo de la culpa y el mundo redimido, entre la ley promulgada en el Sinai y la ley de gracia que venia á establecer Jesucristo, el sacerdote eterno.

Las virtudes de los cielos y las potestades de la tierra se conmovieron: los dioses de Babilonia cayeron de sus impuros altares: rasgose la púrpura de los Césares, y desde aquel momento comenzó á lucir para la humanidad el tan suspirado dia, cuya aurora formaban los celestiales resplandores que circundaban el establo.

Dios envió á su angel Gabriel á llevar á los pastores la buena nueva, al mismo tiempo que la estrella de Balaam anunciaba en el Oriente el nacimiento del Mesias.

Los ángeles bajaron á cubrir con sus alas la cuna del Salvador, y en las regiones del aire resonaron cánticos de gloria y alabanza.

¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Alégrate Israel porque el señor ha visitado tu pueblo. Corriose el velo del tabernáculo: ya puedes mirar cara á cara al Santo de los santos.

Tuvo lugar este célebre acontecimiento que hoy festeja el mundo cristiano en la sexta edad del mundo, á los veintitres años que el templo de Janó, sometida ya la España al poder de Roma, habia cerrado sus puertas, abriéndose las de aquella paz universal conocida en la historia con el renombre de Octaviana, en el cuatrocientos cincuenta de las semanas de Daniel cuarto de la olimpiada ciento noventa y tres; dos mil trescientos cuarenta y cuatro despues del diluvio, setecientos cincuenta y dos de la fundacion de Roma y mil ciento setenta y uno de la de Cartagena.

De modo que nuestra patria pudo admirar aquella nube tan clara y resplandeciente de que, segun Morales y el obispo de Tuy, se vistió el cielo de España en la noche de tan memorable suceso; asi como treinta y tres años despues las tinieblas que